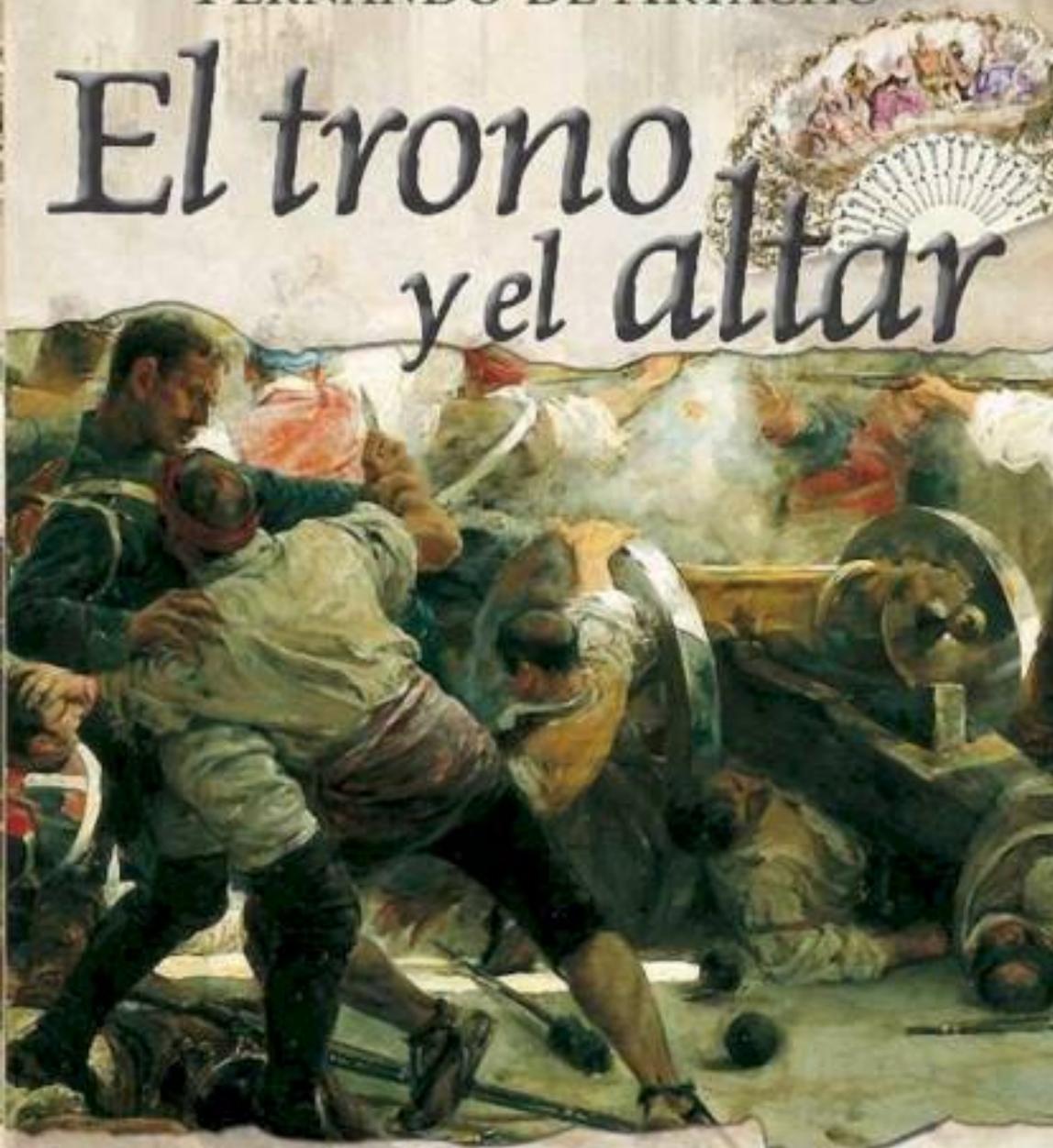


UNA HISTORIA DE AMORES CRUZADOS DURANTE
LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

FERNANDO DE ARTACHO

El trono y el altar



El 2 de mayo de 1808, el capitán Luis Daoíz se levanta contra los franceses que ocupan Madrid. En aquellas escaramuzas también interviene su sobrino, Fernando Tello de Portugal, barón de Acay, y con él podrá revivir el lector las diferentes vicisitudes que se suceden hasta el final de la Guerra de la Independencia. Pero *El trono y el altar* es algo más que una historia de la guerra contra los franceses. A partir de un juego de espejos que enfrentan la amistad y el amor, esta novela también narra una conmovedora historia de amores cruzados, y un efervescente relato de aventuras sobre las desconocidas guerras guaraníes en las reducciones jesuíticas españolas y sobre las campañas inglesas contra los insurrectos en la India. Amores, enemistades, sacrificio, cobardía, heroísmo todo lo mejor y lo peor de aquella época tumultuosa se da cita en estas páginas que desde el principio atraparán la atención del lector.

A mi abuelo, el comandante don Miguel Pérez-Blázquez, a sus hermanos los capitanes don Generoso y don Pedro-Bruno, y a quienes como ellos, dieron la vida por España y sus ideales.



Sevilla, 1798

El primer día de curso el solemne pórtico del Colegio de las Becas se abrió para recibir la llegada de lujosos carruajes con puertas blasonadas; entregaban los benjamines de la familia en las manos educandas de la Compañía de Jesús. El rector y el claustro de profesores recibían a los padres de familia para complimentarlos; luego, cada alumno entraba en el colegio de manos de su tutor.

El primer acto era la misa de acción de gracias por el nuevo curso que ahora comenzaba. La Eucaristía fue de gran solemnidad; presidida por el rector, concelebraban más de veinte sacerdotes asistidos por un mayor número de acólitos y monaguillos. Los alumnos ocupaban lugar en la bancada según el curso que iban a iniciar.

Terminada la acción de gracias se formaron las filas de colegiales en el patio. Los tutores dejaban unos minutos de recreo para que los alumnos se saludaran tras las vacaciones que los habían mantenido separados. Luego, cada curso iba a su aula correspondiente: eran amplios salones

con pupitres en madera finamente tallados. El olor al barniz de los últimos retoques flotaba en el ambiente.

El tutor del curso comenzó pasando lista para comprobar la asistencia de los alumnos matriculados. A todos les dedicó unas gratas palabras de bienvenida en general y en particular a los que ya conocía de otros años.

–Don Miguel Arias de Saavedra y Maldonado –comenzó a enumerar un circunspecto jesuita que miraba con unos ojos pequeños y penetrantes tras unas escuetas lentes de oro.

–Servidor de vuestra paternidad.

–Sois nuevo en este curso, espero que estéis a la altura de vuestro hermano Íñigo que ya acaba su preparación en Salamanca.

–Don Pedro Caro de Guzmán y Céspedes.

–Servidor de vuesa merced.

–Me alegro de volver a tenerle como alumno este año. Ya saludé a sus señores padres.

Así continuaba el listado uno a uno hasta completar los veinte alumnos del aula. De vez en cuando paraba su tarea lectora para hacerles ver que ya eran unos hombres, el que no había cumplido los trece años, a punto estaba de hacerlo.

–Don Fernando Tello de Portugal y Zúñiga, Barón de Acay.

–Servidor –contestó un joven de rostro moreno con angulosas facciones, abundante cabello azabache, ensortijado en la nuca, y grandes ojos negros.

–He tenido el placer de saludar a su señor tío el mariscal, y hacerle saber lo orgulloso que estoy de usted. El pasado año vuestra aplicación descolló entre la mayoría del alumnado.

El sacerdote continuaba con su listado.

–Don Enrique Vélez de Medrano y Campbell-Golgray.

–Servidor de su paternidad –respondió un joven de rojiza cara afinada, pelo rubio rizado y rasgados ojos azules.

—No he podido saludar a sus padres. Me dijo el mayordomo que están de viaje.

—Así es padre Jáuregui, aún están en Londres con asuntos de mi familia materna.

Una vez terminado de pasar lista, el sacerdote dio el resto del día libre al alumnado, no sin hacer serias advertencias de lo que cada joven debía dar de sí mismo en bien de su educación y propio beneficio. Serían los herederos de ilustres casas, de prósperos negocios y de grandes fortunas, y en ellos los padres habían puesto todas sus esperanzas.

La chiquillería salió como una turbamulta al patio, allí se hicieron los coros de camaradas. Fernando y Enrique se fundieron en un fuerte abrazo, eran amigos desde su más temprana niñez. En el leve recreo, tras la misa, apenas habían podido hablar, pues se acercaba una multitud de compañeros para saludar.

—¿Enrique, cuándo volviste de Londres? Hace dos semanas envié carta a tu casa, pero al no recibir contestación imaginé que no habíais regresado.

—Ha sido el año que más tarde he vuelto. Mis padres aún permanecen allí, tienen asuntos que arreglar. Me embarcaron, con parte del servicio, en un navío de la Armada Real Británica; al parecer, el capitán es primo segundo de mi madre. Llegué antes de ayer, pero no he tenido tiempo ni de ver la correspondencia. Venga a deshacer baúles y más baúles. Además, mi padre advirtió al servicio que solo podía salir los días de fiesta.

—Lo mejor es que ya estás aquí y podremos seguir con nuestras cosas.

—¿Has estado todo este tiempo en Sevilla?

—No, mis tíos se fueron a tomar los baños de Alhama y yo tenía que ir con ellos. Allí me aburrí de lo lindo; todos

señores mayores, de mi edad poca gente y demasiado estirada. Lo mejor fueron mis paseos por el campo, con ellos sí he disfrutado mucho.

—Yo, como casi siempre, no tuve ocasión de aburrirme. Rara ha sido la semana que no hemos tenido que cumplir con visitas a algún pariente o amigo de mi madre. Parece mentira, solo tiene un hermano, pero más de cuarenta primos entre hermanos, segundos y hasta creo que terceros. Lo bueno es que allí había mucha gente de mi edad, sobre todo mujeres. Se ve que el género femenino abunda en mi familia. Hablando de mujeres, ¿has visto a Paula?

—Algunos días antes de irme a Alhama, pero a mi regreso la familia había marchado a Constantina. Volvieron la semana pasada, desde entonces solo la he visto una vez. Me ha dicho que esta semana tenemos que reunirnos, nos va a presentar a nuevas amigas.

—Tu tío ha escrito varias cartas a Londres. Mi padre le había pedido algunos favores en su ausencia.

—El mariscal se ha ocupado de todo, entre ello de tu matrícula.

—Tengo que darle las gracias en nombre de mi padre y en el mío propio.

—¿Y tu tío, Lord Thomas Campbell-Golgray, nos premiará este año con su estancia en Sevilla? Hace dos que no viene y antes pasaba los primeros seis meses en Sevilla. Es un hombre fantástico.

—Sí que lo es. Ya sabes, siempre con sus estudios. Está deseando volver a Sevilla, pero tiene que terminar un estudio arqueológico en nuestras tierras de Essex.

—¿Ahora se dedica a la arqueología? La última vez que hablé con él estudiaba la obra de unos filósofos ingleses.

—Es un gran humanista, la cultura llena su vida, creo que no se casó para no tener que repartir el tiempo entre los estudios y su mujer. Siempre imbuido en lecturas e investigaciones y cada día más despistado. Viene después

de Navidades, en diciembre tiene que presentar un trabajo a la Real Sociedad Geográfica.

—Bueno, ¿te vienes a almorzar con nosotros? Al mariscal le gustaría verte.

—Y a mí saludarle. Avisaré al cochero para que regrese a casa y me recoja en la tuya al atardecer.

—Vale, tenemos muchas cosas de qué hablar.

Fernando había quedado huérfano cuando contaba seis años. Sus padres murieron en un trágico accidente. Volvían de la Corte en una jornada de lluvia cerrada y fuerte tormenta; un rayo cayó sobre uno de los árboles del camino, el estruendo y las astillas incendiadas espantaron a los caballos. La poca visibilidad y el embarrado del camino hicieron que patinaran las ruedas, el carruaje se despeñó por un barranco. Murieron todos los ocupantes: los padres, el cochero, su ayudante y dos criadas.

Fernando se encontró sin padres a temprana edad, con un título tan prestigioso en la ciudad como la Baronía de Acay, y una considerable fortuna. Su tío el mariscal, don Laureano de Zúñiga y Orozco, hermano mayor de la madre, se hizo cargo de la tutoría del menor. Cuando don Laureano partía en misión militar, su esposa doña Eugenia de Velasco se ocupaba de Fernando. El matrimonio no tenía hijos, educaban al sobrino dentro de la más estricta ortodoxia católica y de las reglas más severas de educación. Debía enfrentarse a la vida sabiendo las obligaciones que tenía para con Dios, la Patria y su linaje.

Jamás tuvieron que reprochar nada al joven, pues este les amaba y sabía que aquella educación era la misma que le hubieran proporcionado sus padres. Don Laureano era hombre sumamente inteligente; miembro del Consejo de Su Majestad, continuamente le llamaban a consulta en la Corte. Nunca impuso nada a su pupilo, intentaba que este se convenciera por sí mismo de la bondad de todo cuanto

le aconsejaban en bien de su educación. Logró que su sobrino fuera brillante en los estudios y muy celebrado por su saber estar en sociedad, a pesar de su mocedad. El mariscal, con gran habilidad, le quería conducir a la carrera de las armas. Había una gran tradición castrense en la familia, el abuelo paterno de Fernando fue general y el materno almirante. Su propio padre ingresó en la Real Compañía de Caballeros Guardias Marinas de San Fernando, fue alférez de navío. Este, a la muerte de su padre, tuvo que hacerse cargo de los negocios familiares, no podía estar todo el día embarcado. Pidió traslado a caballería, privilegio que le fue concedido por el rey; sin embargo, se retiró de capitán, pues sus propiedades y negocios le reclamaban todo el tiempo. Con gran pesar tuvo que abandonar la carrera de las armas, pero al menos, era capitán, hecho que valió para que le pusieran al mando de uno de los regimientos de las Milicias Provinciales de Sevilla.

El mariscal tenía ciertas dudas sobre la vocación castrense de su sobrino y ahijado, pues lo sostuvo en la pila de bautismo. Estas dudas se basaban en la gran afición por la lectura del joven. Ello no lo tenía por algo perjudicial, antes bien, lo consideraba beneficioso, él mismo era un buen lector, pero estimaba que el conocimiento de tan variadas disciplinas podía hacer que el ánimo de Fernando se inclinara por otra disciplina ajena a las armas. Sin embargo, no quería influir en nada, su única táctica era insuflar el ánimo del joven con hazañas guerreras de sus antepasados y hacerle ver las virtudes de la educación castrense. Servir a Dios, a la Patria y al rey, la máxima a la que debía aspirar todo verdadero caballero.

Lo cierto era que Fernando, a tan temprana edad, no sentía atracción especial por la milicia, y ello preocupaba a don Laureano, ya que solía ocurrir todo lo contrario con los niños de su edad. Cuando los amigos visitaban la casa, todos parecían estar más embelesados con las historias guerreras del mariscal que el propio Fernando. Sin embar-

go, era muy joven y aún podía mudar su ánimo, más si él era constante en sus pretensiones y sabía guiarlo con prudencia y buena mano.

–Buenas tardes mariscal –saludó Enrique–, siempre es un grato placer verle y disfrutar de su amena charla.

–Muchas gracias, hijo, también te deseo buenas tardes. Sabes que siempre eres bien recibido en esta casa; bueno, tú y toda tu familia a la que aprecio como propia. ¿Y tus padres?

–Aún están en Londres, con asuntos de familia. Me he venido con el mayordomo y el secretario de mi padre.

–¿Qué tal el viaje? ¿Verdad que es un placer navegar? Esto lo apreciarás a medida que crezcas, el mar es una maravilla insondable. A veces pienso que debí ingresar en la Real Armada en lugar de Caballería, pero si estoy aquí es porque así lo ha dispuesto el Señor.

–El viaje por mar ha sido muy bueno, las aguas no estaban muy enfurecidas, lo que me ha hecho disfrutar de la travesía. Salimos de Plymouth rumbo a Santander. Casi tres días de navegación, pues hubo que arreglar una avería del timón. Lo más pesado ha sido el viaje desde Santander. Mi padre tenía que haber buscado un navío directo a Sevilla, pero aprovecharon que el capitán del barco en el que viajé era pariente, así estaban más tranquilos.

–Tus padres sabrán, pero soy de la opinión que existe menos peligro viniendo a Sevilla por Sanlúcar de Barrameda que desde Santander. Hay muchos salteadores en esas rutas por las noches. La más mínima avería puede hacer que te quedes en el camino y te sorprenda la madrugada y sus inseguros moradores.

–Puede que mi padre no cayera en ello.

–Dime, ¿tu tío Lord Thomas Campbell-Golgray no ha venido contigo?

–No ha podido, tenía que presentar unos trabajos a la Real Sociedad Geográfica. Viene en primavera a Sevilla, también quiere presentarlo en la Sociedad Económica de Amigos del País de Sevilla.

–Me alegrará verle, pues Lord Thomas se vende muy caro. Ya hace unos años que nos castiga con su ausencia... Es un hombre original, con extrañas ideas, vive Dios..., pero con el que es todo un placer hablar. Tanta lectura filosófica y política no debe de ser buena, más la de esos autores franceses que provocaron el desastre de 1789 y que tan mala semilla ha sembrado por Europa. Pero bueno, de eso aún no entendéis ninguno de los dos. Ahora vamos a lo nuestro, Manuela, la cocinera, ha preparado un magnífico estofado, sabe que me encanta.

Enrique sentía una gran debilidad por su tío Thomas. Había pasado grandes temporadas en Sevilla, generalmente la mitad del año. Para el joven era un sabio que sabía de todo. Le había inculcado el amor a la lectura. El padre de Enrique era Auditor de Guerra e Intendente General de Marina, por ello viajaba constantemente; si a ello había que sumar sus frecuentes viajes a Gran Bretaña, resultaba que el joven trataba más asiduamente a Lord Thomas que a su progenitor.

El padre de Enrique tenía previsto un gran futuro para su único hijo varón, quería catapultarlo a la carrera judicial. Sin embargo, el joven alimentaba en su interior otra meta: la política. Por ello no se oponía a las intenciones del padre, pues el conocimiento de la Ley abría las puertas a la gestión de la cosa pública. Las ideas de su tío, pasado el tiempo, influirían poderosamente en él.

Después del almuerzo el mariscal se retiró a su habitación, no perdonaba la siesta, era hombre madrugador y de poco dormir durante la noche, en la que se dedicaba a su gran afición: montar maquetas de magnos navíos. Eran

muy celebradas sus obras; el propio rey se había interesado por ellas y poseía una réplica del galeón real que el mariscal le había regalado.

Enrique y Fernando se retiraron a un merendero en el jardín trasero de la casa.

–He enviado recado a Paula, mañana merendamos en su casa –dijo Fernando.

–¿Y cómo está? –preguntó Enrique.

–Pues bien, igual que siempre, ¿cómo va a estar?

–Me refiero a si ha cambiado... Si ha crecido. Hace meses que no la veo y las mujeres se desarrollan antes que los hombres.

–Me imagino que sí, pero como yo no he dejado de verla quizás lo note menos. Aunque mi tío dice que es ya casi una mujercita. Pero aún no ha cumplido los trece años, así que todavía le queda.

–Con catorce y quince años se han casado mujeres de mi familia.

–Bueno, y de la mía, pero Paula es más niña..., o al menos eso creo yo.

Ambos amigos sentían una atracción especial por aquella joven, pero ninguno se atrevía a mostrarla, y menos confesarla, al otro. Tenían una gran amistad que no deseaban romper por algo que, a su edad, consideraban aún muy lejos: el verdadero amor.

El resto de la tarde la pasaron jugando con la colección de soldados de plomo que el mariscal había regalado a Fernando, viendo las maquetas nuevas del mariscal y los viejos trofeos de caza de su padre. Enrique se sintió atraído por algunos libros que se custodiaban en los anaquelles de la biblioteca familiar. Fernando se los prestó.

Eran las siete de la tarde cuando el carruaje de Enrique le recogía en la casa de los Tello de Portugal.

Al día siguiente ambos jóvenes se encontraron puntualmente ante la puerta de la casa de Paula. Los dos se observaron y después comenzaron a reírse. Se habían vestido con sus mejores prendas, parecían dos petimetres de corte, se dieron cuenta de ello, lo que les provocó la risa.

Un enjuto sirviente les abrió la cancela. Tras anunciarles que la señorita Paula les esperaba, les acompañó al salón. Cuando entraron, a pesar de su puntualidad, vieron que ya se les habían adelantado algunos invitados. Paula estaba con un grupo de seis compañeras, lo que agradó a los amigos, pero no así tanto la presencia de tres jóvenes varones, algo mayores que ellos; diferencia de edad que deseaban hacer patente aquellos intrusos, a pesar de no tener ninguno más de quince años.

Paula destacaba entre las jóvenes de la reunión, tenía el pelo negro azabache brillante, peinado con raya en medio, cayendo sobre sus hombros perfectos bucles moldeados con esmero. Los ojos eran verde claro, con irisaciones de azul, el rostro fino y perfecto, nariz recta y algo respingona en su punta. Ya su talle adivinaba la mujer que pronto iba a despuntar.

Ambos amigos sintieron en su interior una misma desazón, aquellos jóvenes podían ser una seria competencia, más por sus vestimentas. Uno de ellos lucía el uniforme de caballero guardiamarina, y otro el de cadete de menor edad del Regimiento de Molina. En cuanto al tercero parecía algo desaliñado y poco conjuntado, era un pelirrojo escocés que Paula había conocido durante el verano e invitado unos días a su casa de Sevilla. Lo trató en Constantina, donde su familia quería levantar una destilería de licores, para lo que debían hacer fuertes inversiones.

—Me alegro de veros —dijo Paula, con tono de voz algo afectado, mientras ofrecía su mano a los amigos. Ambos se miraron, pues parecía otra en su trato, siempre corría hacia ellos y los besaba. Ahora intentaba dar apariencia

de mujer de más años. Estaba claro que aquella pose la provocaban esos jóvenes extraños.

—Os voy a presentar —continuó la anfitriona—. Mirad —se dirigió a sus nuevos invitados—, estos son mis buenos amigos Fernando Tello de Portugal, Barón de Acay, y Enrique Vélez de Medrano —luego enumeró los nombres y apellidos de todos los presentes.

Terminadas las presentaciones, Paula hizo sonar una campanilla. A su llamada obedeció el cuerpo de casa. Los criados trajeron varias bandejas de plata repujada en las que había finos dulces de famosas tahonas conventuales y un chocolate caliente que llenó el salón de dulce aroma. A tres de las amigas las presentó como hermanas del guardiamarina; eran jóvenes agraciadas, pero los dos amigos estaban tan incómodos y extrañados de la afectación de Paula que apenas hablaron durante la primera hora del encuentro. Y no solo por eso, sino porque el marino se dedicaba a hablar fatuamente de los viajes que había hecho por varios continentes en los navíos de la Real Armada. El cadete del Regimiento de Molina parecía muy atraído por una de las hermanas de aquel hablador, por lo que vieron un menor peligro en él.

Pasada la primera hora reaccionaron, dándose cuenta de que eran la atención de más de una de las damiselas presentes y se dedicaron a departir con ellas, más por intentar picar a su anfitriona que por verdaderos deseos de hacerlo. Sin embargo, esta treta no tenía el efecto deseado, parecía que la atracción entre el marino y Paula era mutua, se dedicaron uno al otro la mayor parte de la jornada.

Al despedirse, ambos amigos saludaron secamente a Paula, esta les dedicó una pícara sonrisa.

—Me he sentido como un tonto en casa de Paula —dijo Fernando—. Será cretina, nos ha tratado como si fuésemos extraños. Seguro que ha sido por esa panda de petulantes que había invitado.

–Ayer te pregunté si había cambiado Paula... ¡Y ya ves que lo ha hecho! Espero que solo sea motivado por esa gente. Yo también me he encontrado incómodo, pero lo he pasado bien hablando con las otras niñas. Son guapas.

–Sí que lo son, y no tan afectadas como Paula.

–Déjalo, verás como sigue siendo la misma la próxima vez que nos encontremos.

–Yo no pienso enviarle recado para quedar, que lo haga ella.

–Yo creo que tampoco, pero no va a hacer falta. La encontraremos el domingo en misa. Verás como nos viene a saludar.

Enrique no se había equivocado, a la salida de misa de doce del Salvador, Paula se acercó muy risueña hacia ellos y les besó en la mejilla.

–¿Hoy la señorita no me ofrece la mano para que se la bese? –dijo Fernando con tono medio irónico.

La joven solo devolvió una amplia sonrisa y se dirigió a Enrique ignorando las palabras del barón.

–Vamos a comprar pasteles en la tahona de San Leandro. Los podemos comer en casa.

Los tres amigos se dirigieron al convento. El aroma a canela y dulces horneados vagaba por las calles cercanas, abriendo el apetito a los tranquilos viandantes. Tras comprar una docena de dulces variados y una caja de las famosas yemas, marcharon a la casa de Paula, donde el servicio les preparó leche con canela y azúcar. Nadie volvió a realizar comentario alguno sobre la funesta jornada de los caballeretes pretenciosos.

El curso continuó con su marcha normal, ambos amigos eran buenos estudiantes y las calificaciones fueron altas. Estaban bien preparados para el examen con el que obtendrían el grado de bachiller el siguiente año. Fernando ya tenía claro que tomaría la carrera de las armas, aunque aún no había comunicado esa alegría a su tío el maris-